

**SIXTO GARCIA**  
**REFLEXIÓN DEL EVANGELIO**  
**VIERNES V DE CUARESMA: JUAN 10: 31-42**

**TEXTO.**

(10: 30: “Yo y el Padre somos uno”) Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: “Les he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre. ¿Por cuál de esas obras quieren ustedes apedrearme?” Le respondieron los judíos: “No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios.” Jesús les respondió;

“¿No está escrito en vuestra Ley: ‘Yo he dicho: dioses son ustedes’? Si llama dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra de Dios – y no puede fallar la Escritura – a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le dicen ustedes que blasfema por haber dicho: ‘Yo soy el Hijo de Dios’? Si no hago las obras de mi Padre, no me crean; pero si las hago, aunque a mí no me crean, crean al menos por las obras, y así sabrán y conocerán que el Padre está en mí y yo en el Padre.”

Querían de nuevo prenderlo, pero se les escapó de las manos.

**CONTEXTO**

1) El contexto de este evangelio es la Fiesta de la Dedicación en Jerusalén (Juan 10: 22ss). Era una fiesta de institución reciente. En el 175 A.C., Antíoco IV ascendió al trono de Siria, que en aquel entonces incluía Judea. El pueblo judío resistió su mando, pero Antíoco obtuvo el apoyo de segmentos importantes de la aristocracia y el sacerdocio judíos. Depuso al legítimo Sumo Sacerdote, Onías III, e instaló a su hermano, Josué, que cambió su nombre hebreo al griego Jasón. Antíoco hizo construir un gymnasium en Jerusalén, institución abominable para los judíos, y prohibió la circuncisión. Se hizo llamar a sí mismo “Antíoco Epifanes,” es decir, “la manifestación de Dios,” y decretó que todos tenían que adorar públicamente a Zeus Olímpico, el dios superior del panteón griego (1 Macabeos 1: 41-50).

2) La oposición a Antíoco conllevaba persecución y muerte (1 Macabeos 1: 60-64). En el día quinto del mes judío de Chislev, en el año 167 A.C., Antíoco hizo ofrecer un sacrificio a Zeus en un altar pagano construido sobre el altar de los holocaustos judíos en el Templo. Este nuevo altar fue conocido como la “abominación de la desolación” (1 Macabeos 1: 59; Daniel 11: 31). Estas profanaciones y persecuciones causaron la rebelión de los Macabeos, dirigida por el sacerdote judío, Matías, y por su hijo, Judas Macabeo, que

derrotó al ejército sirio en el 164 A.C. (1 Macabeos 2: 1-4: 35). El Templo fue purificado, el altar pagano (la “abominación de la desolación”) fue destruido, y un nuevo altar fue erigido en su lugar. El área del Templo fue reconstruida, y se instalaron lámparas para iluminar el área sagrada (1 Macabeos 4: 46-51; 2 Macabeos 10: 1-4). El Templo fue re-dedicado en el 25 del mes de Chislev, del 164 A.C., tres años después de su profanación, y el evento se conmemoraba cada año en la celebración de la Fiesta de la Dedicación.

3) A semejanza de la Fiesta de las Chozas, la Fiesta de la Dedicación celebraba el amor y el amor de Dios por su pueblo en momentos de dolor y opresión. Resaltaba también la presencia del único Dios en el Templo – el pueblo de Israel recordaba sus lapsos en la idolatría en años pasados, incluyendo la apostasía de muchos de ellos durante la persecución de Antíoco Epifanes.

4) ¡Clave! Esto define parte del contexto de este texto. En el vs. 30, no incluido en el evangelio de hoy, Jesús plantea una pretensión de unidad con Dios: “Yo y el Padre somos uno” – El lector del evangelio ha leído los “Yo Soy” de Jesús en Juan 8: 24, 28, 58 – pero ya desde 5: 17, cuando Jesús dice que su Padre sigue trabajando, y él también trabaja, los “judíos” quieren matarlo, porque llama a Dios su padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios – Luego, ésta no es una situación nueva – ni tampoco es la reacción de los judíos tan insólita: ya antes han recogido piedras para matarlo – ante la proclamación escatológicamente definitiva de su “Yo Soy” (“Antes que Abrahán fuera, Yo Soy – Juan 8: 58), intentaron lapidarlo, pero Jesús se les escurrió del Templo.

3) La proclamación de Jesús de su íntima unión con el Padre ahora toma rangos teológicos plenos, definitivos – va en aumento – y el odio homicida de sus adversarios también – nos acercamos a la secuela de la resurrección de Lázaro, cuando Caifás pone en marcha el proceso homicida final (Juan 11: 49-52).

4) Los “judíos” comprenden que Jesús les está diciendo que ya no necesitan de la presencia física del Templo para conocer la presencia de Dios entre ellos - La presencia de Jesús, a quien tienen delante de sus ojos, es la presencia visible del Dios de Israel – Esto es revolucionario - ¡Ningún Mesías se hubiera atrevido a hacer lo que hace Jesús: re-emplazar el Templo! (Francis Moloney, Raymond Brown) – Aquí tenemos la actualización del Prólogo del Cuarto Evangelio, en la persona misma de Jesús: “Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros . . . Y hemos visto su gloria, gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1: 14) - De nuevo, la gloria del Templo reconstruido alcanza plenitud – es superada – por la “doxa,” la gloria inminente de Jesús en su Pascua.

5) La afirmación de su unidad con el Padre plantea un dilema, íntimamente vinculado con el significado de la Fiesta de la Dedicación, para los adversarios de Jesús: los “judíos” repudian el sentido último de la Fiesta: la re-dedicación del Templo del Dios único, al intentar lapidar a Jesús! – Su intención homicida, lapidar a aquel que es la presencia del Dios vivo entre ellos, es otra forma de apostasía, de idolatría - Ignoran, rechazan la imagen del Dios de Israel ante ellos.

6) Jesús entonces los confronta, siguiendo la técnica forense de los debates judíos, el “qal wahomer” – desarrollar un argumento “de lo menor a lo mayor” – Cita el Salmo 82: 6: “Yo he dicho: dioses son ustedes” - Si la Escritura de los “judíos,” siempre válida, llama al Pueblo de Dios “dioses” (argumento menor), con cuánta mayor razón aquel a quien Dios mismo ha enviado puede llamarse a sí mismo “Hijo de Dios” (argumento mayor) – Jesús sostiene que su pretensión no contradice la Escritura de Israel, sino más bien dice que lo que Dios ha prometido ha sido perfeccionado en la “consagración” (“santificación” – “hegiasen”) del Hijo enviado al mundo.

7) Ya no hay necesidad de buscar a Dios en un altar de piedra – Dios se ha dado a conocer en la persona del Hijo, consagrado y enviado - ¡Esta es la razón de ser, la misión definitoria de Jesús: dar a conocer al Padre!

8) Las palabras finales de Jesús en la Fiesta de la Dedicación reafirman lo dicho en el vs. 30 (“El Padre y yo somos una sola cosa”) – Hay un solo camino hacia Dios, y este es a través del Hijo de Dios; hay un solo lugar donde se puede encontrar y comprender al Padre, y éste la historia, el peregrinar de Jesús. Jesús apela de nuevo a sus incrédulos oyentes, pidiendo que crean por lo menos en las obras que él hace (Juan 5: 17-18, 20) - y así podrán comprender esas palabras aparentemente blasfemas de Jesús: él y el Padre son uno, el Padre está en él, y él en el Padre.

9) El gran teólogo luterano Wolfhart Pannenberg lo resume con profundidad irreprochable: “Quién y qué cosa es Dios se revela solamente en el evento de Jesús – Jesús pertenece a la definición misma de Dios” - ¡Esta es la más lograda definición de la Cristología del Cuarto Evangelio!

## **¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?**

1) Los adversarios de Jesús, celosos observadores de la Fiesta de la Dedicación, recordatorio perenne, para todas las edades, no solamente del amor protector de Dios, sino de la llamada a conversión de sus idolatrías pasadas - ¡recaen de nuevo en la tentación de adorar lo que no es Dios, teniendo la epifanía viva de Dios delante de ellos!

2) El papa Francisco evoca un pasaje en la obra maestra de Fyodor Dostoievsky, “El Príncipe Idiota”: el príncipe Myshkin, a la vista del cuadro de Cristo muerto en el sepulcro, de Hans Holbein el joven, dice: “Un cuadro así podría incluso hacer perder la fe a alguno” (Francisco, “La Luz de la Fe,” 16) – La fe de muchos hoy en día, igual que en el tiempo de Jesús, no trasciende lo que tienen delante de los ojos: Un templo lujoso (en construcción), un altar de piedra fina, consagrado y dedicado, sus instituciones, sus leyes - ¡y no reconocen el resplandor luminoso del Dios vivo, brillando en sus caras, en Jesús!

3) Pero es duro, perturbador, subversivo, incómodo, ver la cara de Jesús en aquellos oprimidos por la historia de crueldad, odio, racismo, encarcelamientos injustos, exclusión, opresión, de derecha o de izquierda – no nos gusta mirar en esa dirección - ¡tenemos miedo de perder nuestra fe, cómoda tranquila, sin inquietudes, apática! ¡Tenemos miedo que Jesús nos libere de las ataduras que nos atrapan en nuestras seguridades, comodidades, donde el dolor y el clamor de las víctimas no llega – temor que Jesús denuncie nuestra transformación en “momias de museo” (Francisco, “Evangelii Gaudium,” 83).

4) Pero es ahí, en la dinámica de la Pascua de Jesús, que nos sigue diciendo hoy en día que “el Padre y yo somos uno,” que él es la expresión, la definición más íntima y decisiva de Dios, que nuestra fe no puede seguir languideciendo en el sopor de nuestras propias seguridades - ¡Como Jesús, tenemos que proclamar, apasionada, riesgosa, vulnerable y gozosamente que el Padre ya ha llegado, en la plenitud de su amor, en Jesús – el Padre que oye el clamor de los pobres! (Salmo 34: 7).

5) San Oscar Romero nos emplaza: “Aquellos que, según la frase bíblica, quieren salvar sus vidas – es decir, aquellos que se quieren llevar bien con todos, que no quieren compromisos, que no quieren meterse en problemas, que quieren mantenerse al margen de una situación que exige el compromiso de todos nosotros – éstos perderán sus vidas. ¡Qué cosa más terrible, el haber vivido muy cómodamente, sin sufrimiento, no metiéndose en problemas, muy tranquilo, muy establecido, con buenas conexiones políticas, económicas, sociales – sin que les falte nada, teniéndolo todo. ¿Para qué? Ésos perderán sus vidas.”